

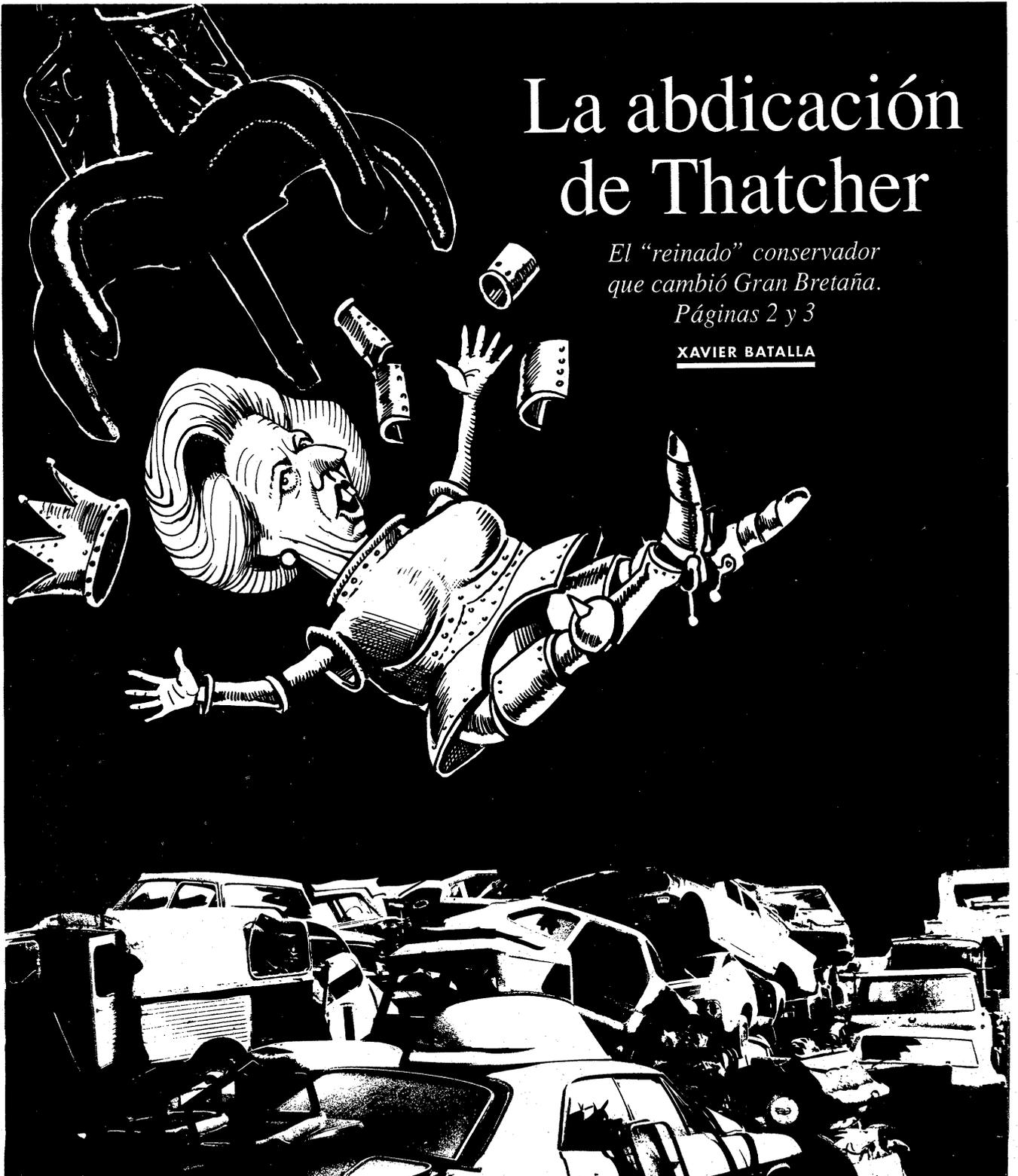


Agencias que velan por los más pequeños en ausencia de los papás

# REVISTA



Nubosidad variable con algún chubasco en el Pirineo. Ambiente frío



## La abdicación de Thatcher

*El "reinado" conservador que cambió Gran Bretaña.*

*Páginas 2 y 3*

**XAVIER BATALLA**

# La doctrina que devoró a Thatcher

## La líder británica fue víctima de una política que no supo rectificar a tiempo

XAVIER BATALLA



Margaret Thatcher, sola, en la sala donde el Gobierno británico celebra sus reuniones

SRDIA DJUKANOVIC / CAMERA PRESS

Una mañana de mayo de hace tres años Margaret Thatcher acudió al palacio de Buckingham para solicitar a la reina Isabel II de Inglaterra la disolución del Parlamento, como exige la norma constitucional, para la convocatoria de elecciones generales. Horas después, un chiste publicado por el vespertino londinense "Evening Standard" resumía el predominio absoluto que la señora Thatcher disfrutaba entonces en la vida política británica. "Yo creía que esta vez sería la reina la que visitaría Downing Street", comentaba un ciudadano al leer que la dirigente conservadora había acudido a palacio. Esa fue la última vez que Margaret Thatcher abandonó su residencia para visitar a la reina antes de otra victoria electoral. Ayer, después de casi once años en el poder, la señora Thatcher volvió a recorrer el mismo camino, pero esta vez para anunciar su abdicación a la reina.

Margaret Hilda Roberts pasará a la historia británica como un ejemplo político único. En una escena poco dada al dogma o a los personalismos, la hija de un tendero de ultramarinos no sólo ha llegado a encabezar el partido tradicional de la aristocracia, tanto la de sangre como la del dinero, sino que también ha sido la primera en dar nombre a una doctrina política, el thatcherismo, que ha hecho escuela. Thatcher aprendió de su padre, estricto y autoritario, un amor tal vez desmesurado por el trabajo, una exagerada inclinación al ahorro y una fe de carbonero en los valores victorianos. Y su misión, según prueba su trayectoria, era terminar con "el socialismo en el Reino Unido". Pero once años y medio después de su primera victoria, la combinación de meritocracia, que ha ampliado sustancialmente la clase

media británica, y la cruzada contra el socialismo, al que considera "unbritish" (no británico), ha tenido un desenlace aparentemente inesperado: la oposición más eficaz al thatcherismo no ha sido el laborismo, sino la Cámara de los Lores, reducto de la aristocracia de sangre; los restos del moderado conservadurismo tradicional, más dado al pacto que al tratamiento de choque, y las iglesias católica y anglicana. Michael Heseltine, de corte aristocrático pero de dinero plebeyo, ha sido su Némesis, y el leal sir Geoffrey Howe, su Bruto.

Cuando los historiadores comienzan a hincar el diente en el filón thatcherista tal vez eleven a categoría la maledicencia según la cual su reinado ha sido producto de una extraordinaria combinación de buena suerte e innata habilidad para saber en qué dirección soplaban el viento. Y esto tampoco sería negar lo innegable. El Reino Unido ha cambiado profundamente desde 1979, y la señora Thatcher ha

tenido, indiscutiblemente, el primer papel del reparto. Pero tampoco es menos cierto que el éxito de la empresa terminó sorprendiendo a la propia clientela.

El día después del primer desastre laborista frente al thatcherismo, el 4 de mayo de 1979, una Margaret Thatcher eufórica, aún con la dentadura sin limar y con la permanente un tanto descuidada, se convertía en la primera mujer en instalarse en el número 10 de Downing Street. Apenas un año antes, la propia señora Thatcher había colocado, sin saberlo, la primera piedra de su mito al afirmar que no esperaba ver a una mujer en el número 10 en lo que le quedaba de vida. Sin duda, aún no se había convertido al thatcherismo.

La primera vez que la suerte se cruzó en su camino fue en 1975, tras el descalabro del Gobierno conservador de Edward Heath, cuando una serie de inesperadas retiradas -William Whitelaw y Keith Joseph- la elevaron al

liderazgo conservador. Después, en el invierno de 1978-79, las huelgas desencadenadas por el Trade Union Congress (TUC) hicieron naufragar al laborismo. Finalmente, la señora Thatcher personificó una filosofía cuyo éxito ha radicado en la capacidad de conectar con los deseos de cambio del electorado, la no renuncia a "los principios" y la división de sus rivales. En los inicios, la ganga del petróleo del mar del Norte fue el combustible de la experiencia. Al final, a sus 65 años, el olfato político le ha traicionado.

Pero, en lo que va de un acontecimiento a otro, el thatcherismo ha modificado el estado de cosas vigente en el Reino Unido desde el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando los conservadores aceptaron un consenso con los laboristas -el "social welfare", el estado del bienestar- que fue bautizado "butskellismo", contracción de los nombres del conservador R.A. Butler y del entonces líder laborista, Hugh Gaitskell. El cambio comenzó de la mano de las teorías económicas liberales de Milton Friedman y de los alegatos de la primera ministra contra la intervención del Estado. Y once años después, el antiestatalismo, las desnacionalizaciones y el liberalismo a ultranza han transformado el mapa social y económico. Pero el giro copernicano, que comenzó tímidamente con Edward Heath, otro conservador de orígenes modestos, fue finalmente posible por la férrea determinación de la primera ministra. Donde Heath renunció -la lucha contra el poder sindical-, la señora Thatcher obtuvo una de sus mayores victorias. Y el Reino Unido dejó de ser el "enfermo de Europa".

Para sus enemigos, antes de que estos quedaran empujados por sus amigos del partido, el tratamiento de choque ha sido contraproducente, falta de compasión social, lo que ha provocado tanto la

## La aventura de Tarzán

■ Hasta la tormenta de las últimas tres semanas, el momento más crítico para la continuidad de Margaret Thatcher se remontaba a enero de 1986, cuando se inició la batalla por las dificultades de Westland Group, el único fabricante británico de helicópteros. La polémica provocada por las alternativas para salvar la empresa supuso un enfrentamiento político que acabó con la dimisión de los ministros de Defensa, Michael Heseltine, ferviente partidario de que la compañía quedara en manos europeas, y de Industria, Leon Brittan, más receptivo, como la

señora Thatcher, a la oferta norteamericana que finalmente se impuso.

La crisis estalló el 9 de enero. Ese día, Margaret Thatcher le leyó la cartilla a Heseltine, un conservador temperamental de cabello rebelde que años antes se había ganado el apodo de "Tarzán" por haber esgrimido el mazo del presidente de los Comunes en un acalorado debate. El ministro contuvo entonces la respiración, después se levantó y, dirigiéndose hacia la puerta, se soltó el pelo: "En este Gobierno no existe un puesto con honor para mí". A continuación

dio un portazo sin precedentes en la historia política británica.

Heseltine, que en su juventud anunció que en los años noventa sería primer ministro, ha esperado pacientemente su oportunidad. La semana pasada, nada más percibirse de que el barco thatcherista comenzaba a hacer aguas, presentó su candidatura al liderazgo del partido. El ex ministro se jugó toda su fortuna política en la aventura, y le salió bien. Tras conseguir que los votos de castigo derribaran a Thatcher, ahora espera obtener el puesto de honor en el Gobierno británico.

**LOS ONCE AÑOS DE LA ERA THATCHER**

PRIMER MANDATO	1979	 Margaret Thatcher accede al poder tras una amplia victoria electoral el 3 de mayo	El índice de inflación alcanza el 10% en el Reino Unido	1980	Michael Foot es elegido en noviembre líder del Partido Laborista	Triunfo de Ronald Reagan en las elecciones presidenciales norteamericanas	El índice de inflación aumenta hasta el 21,8%	
	1981	 Protestas sociales en Brixton, Toxteth, Birmingham, Wolverhampton y Ellsmere Port	François Mitterand toma posesión como presidente de la República Francesa	Privatización de la empresa aeronáutica Aerospace	La inflación desciende al 15,1%			
	1982	 El desempleo alcanza los tres millones de personas	 El dos de abril, Argentina invade las Malvinas, preludio de una guerra con Gran Bretaña que acabará con la derrota de la dictadura militar encabezada por el general Leopoldo Galtieri					
	1983	Michael Heseltine, es nombrado ministro de Defensa	 Arthur Scargill, líder minero, convoca en marzo una huelga nacional del sector	 Segunda victoria electoral, en junio, de Margaret Thatcher	Cecil Parkinson dimite como presidente conservador y como ministro de Comercio por un escándalo sexual	Neil Kinnock es elegido líder del Partido Laborista		
	1984	Comienza en marzo la huelga del sector minero, que se convertirá en la protesta social más violenta de la "era Thatcher"	 El Ejército Republicano Irlandés (IRA) atenta en octubre contra el Gran Hotel de Brighton, cuartel general de los conservadores durante su congreso anual. Mueren cinco miembros del partido gubernamental	 Primera entrevista de Margaret Thatcher con Mijail Gorbachev				
	1985	La Universidad de Oxford rechaza a la señora Thatcher por sus drásticos recortes en el presupuesto de Educación	 Los mineros se rinden incondicionalmente y ponen fin a su huelga en el mes de marzo	Incidentes en Toxteth (barrio de Liverpool) y Peckham. Un policía resulta muerto a navajazos	Mijail Gorbachev es nombrado secretario general del Partido Comunista de la URSS (PCUS)			
	1986	Heseltine dimite, en enero, como ministro de Defensa a causa del caso Westland	 Thatcher se opone a la imposición de sanciones económicas contra el régimen racista de Sudafrica					
	1987	Privatización de British Airways y British Telecom	Estalla el escándalo de la empresa cervecera Guinness, que manipuló sus cotizaciones en bolsa	Desciende el número de desempleados a menos de dos millones	Tercer triunfo electoral de Thatcher	 Caída de las bolsas internacionales, en el mes de octubre, que daña a la política de privatizaciones británica		
	1988	 Peter Wright, antiguo miembro del servicio de contraespionaje británico (MI-5), publica sus memorias "Spycatcher" (Cazador de espías), en las que denuncia las actividades ilegales de los servicios británicos	 Protestas por la escasez de medios en el sistema de sanidad pública (NHS)					
	1989	Un impopular impuesto local ("poll tax") comienza a ser aplicado en Escocia en abril	La inflación desciende al 8%	 Dimite Nigel Lawson, ministro de Economía, partidario del ingreso de la libra en el Sistema Europeo	 Sir Geoffrey Howe abandona el Ministerio de Asuntos Exteriores			
	1990	 Thatcher se opone en la cumbre europea de Roma a apoyar la unión monetaria	Howe dimite como viceprimer ministro	Heseltine presenta su candidatura al liderazgo conservador	La inflación sube al 10,9%	Thatcher presenta la dimisión, el 22 de noviembre, tras obtener un insuficiente número de votos para mantenerse como líder conservadora y primera ministra		

profundización de las desigualdades entre el norte pobre y el sur rico como el hundimiento de la industria tradicional y el deterioro de la seguridad social. Esta marejada la explica John Lloyd, columnista de "The Financial Times", por la sustitución del viejo "establishment" por una nueva elite, "un grupo cuyos valores son el materialismo, la eficacia y la ruptura con el reciente pasado".

Todos los más recientes primeros ministros británicos se han adjudicado el mérito de haber cambiado el país de arriba a abajo. Y, sin duda, cuando se repara en la imagen del ex primer ministro laborista James Callaghan instruyendo a sus colegas europeos sobre la "pobreza británica" de los años setenta, la señora Thatcher es la mejor situada para anotarse el tanto.

*Capitalismo popular*

Las estadísticas respaldan la reivindicación thatcherista. Desde 1979, un 10 por ciento de la población se ha desplazado desde el sector obrero a la clase media, y los sindicatos, que reunían al 30 por ciento del electorado, únicamente cuentan ahora con el 22 por ciento, del que apenas el 38 por ciento votó laborista en las elecciones de 1987. En 1979, el 52 por ciento de los británicos era propietario de sus viviendas; en 1990, la proporción ha aumentado hasta casi el 70 por ciento. En los orígenes del thatcherismo, sólo el 7 por ciento del electorado era accionista; en 1990, el "capitalismo popular" ha elevado el índice al 20 por ciento (similar al porcentaje de trabajadores sindicados). Y la presión fiscal se ha reducido en 9 puntos en el nivel básico (hasta el 25 por ciento) y del 83 por ciento al 40 por ciento en el nivel máximo.

Los números cuadran, pero el nuevo mapa no parece corresponderse exactamente con el cambio social y moral propugnado también por la señora Thatcher. La lucha contra el estado del bienestar, pese a la retórica, ha sido menos cruenta de lo anunciado por la Juana de Arco de los primeros días. La seguridad social está llena de achaques, pero no ha pasado a mejor vida. Y la razón última, aunque parezca una paradoja, ha sido la necesidad de asegurarse el voto que ha recibido la señora Thatcher de un sector obrero que se mostraba convencido de que la seguridad social, al menos en los primeros años, estaba más segura en manos conservadoras que en las laboristas.

*El "poll tax"*

El olfato comenzó a fallar a la primera ministra después de su tercera victoria electoral, cuando decidió aplicar el dogma hasta las últimas consecuencias, como si la ideología no fuera un medio sino un fin en sí mismo. El país, sin embargo, comenzaba a estar agotado por los experimentos. John Rentoul, en su libro "Yo y lo mío: ¿El triunfo del nuevo individualismo?", afirma: "Los británicos han comprado sus casas, invertido en el 'capitalismo popular' y aumentado su nivel de vida (...), pero siguen considerando que la educación y la sanidad públicas son demasiado importantes para dejarlos en manos del individualismo".

Después de 1977, determinada a sostenerla y no enmendarla, Thatcher decidió echar el resto, desde la privatización del suministro de agua potable hasta un nuevo impuesto municipal ("poll tax") que abrió una brecha en la armadura de hierro. Este impuesto, por el que un camionero debe pagar la misma contribución urbana que el príncipe de Gales, habría sacado de sus casillas al ex primer ministro Harold Macmillan, que en una ocasión acusó a la señora Thatcher de venderse la "plata de la familia" con su política de privatizaciones.

Y el dogma se hizo extensible también a Europa. Para una primera ministra nostálgica de las glorias imperiales, el Viejo Continente representa -con sus sindicatos, cargas sociales y corporativismos- el enemigo que acababa de expulsar por la ventana de su casa. Las voces conservadoras que, lúcidamente, sólo ven la salida del túnel británico en Europa, se rebelaron y, al final, la cuestión europea se convirtió en un escudo con el que tapar los profundos desacuerdos sobre su dogmatismo. La suerte le abandonó en el momento preciso. Años antes, cuando las fuerzas flaquearon, los generales argentinos le allanaron el camino hacia la victoria. Esta vez, al insinuar que la próxima batalla electoral se libraría en torno a la soberanía británica frente a Europa, le falló su innata habilidad para saber en qué dirección soplaban el viento en una nueva escena internacional. Tal vez haya muerto, políticamente, de éxito; pero su abdicación, después de autoproclamarse vencedora junto con Reagan de la "guerra fría", también recuerda la derrota de Churchill en 1945. ●